

¿Cómo encarnar desde Caritas el desafío de *Evangelii Gaudium*?¹

El Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* (EG) nos plantea su sueño de una Iglesia misionera: “sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo” (EG 27). Nos invita a revisar con valentía todas las instituciones eclesiales para ver si están al servicio del anuncio del amor salvífico de Dios o están estancadas en la búsqueda de la autopreservación (ib.). Quiere una Iglesia en salida, donde nos tomemos en serio que “la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia” (EG 15). Que nuestras mejores energías no estén puestas en engordar las instituciones sino en hacerlas más ágiles para favorecer el encuentro de Dios con su pueblo. Menos burocracia y más “olor a Evangelio” (EG 39).

En ese contexto, nos preguntamos qué puede hacer Caritas para encarnar este desafío de una Iglesia en salida que nos plantea *Evangelii Gaudium*. Para responder ese interrogante debemos partir de aquello que es propio de Caritas dentro de la misión de la Iglesia. A ello se refiere el Papa Francisco cuando afirma que Caritas es “la institución del amor de la Iglesia,... la caricia de la Iglesia a su pueblo”.² El amor de Dios, encarnado en Cristo y derramado en la cruz a toda la humanidad, tiene una concentración especial en los pobres, fruto de una elección divina. En ese nudo de la historia de la salvación se engarza la vocación de Caritas. Es una institución llamada a ser la expresión de ese amor preferencial de Dios a los pobres.

Los pobres para las sociedades modernas

En un mundo que oculta a los pobres, Caritas tiene la misión de ser la luz que ponga en el centro a “aquellos que la sociedad descarta y desecha” (EG 195). Si bien para Dios son lo más preciado, el estilo de vida de las sociedades modernas nos enseña a despreciarlos de distintas maneras. Una de ellas es la *invisibilización*. No se los muestra, no se los escucha, casi no existen. Se nos ponen anteojeras para que veamos sólo la parte incluida de la población y pensemos que esa es *toda* la sociedad. Se busca que desconozcamos que hay otros sectores, con derechos básicos vulnerados, y cuya sola existencia muestra que es falaz el ideal egoísta de la sociedad de consumo. Como dice *Evangelii Gaudium*: “Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia” (EG 54). “La cultura del bienestar nos anestesia” (ib.) y para mantenernos en ese estado es conveniente que no tomemos conciencia de la injusticia estructural en la que está cimentado nuestro estilo de vida. Ocultar a los pobres hace parecer menos cruel nuestro sistema de convivencia y nos hace cómplices “inocentes” de las injusticias que sufren. No conocer sus sufrimientos adormece cualquier sentimiento de escándalo o culpabilidad que podría ser el germen de un cambio.

Todo el caudal de vida que hay en los barrios humildes es desconocido para quienes no viven ahí. Puede haber una fiesta popular que convoque a miles de personas y no va a salir una línea de eso en los diarios. En cambio, si hay una pelea que termina con una muerte, el barrio se llena de móviles de la televisión. Se invisibiliza sus vidas y se exhibe impudicamente sus heridas.

Esto lleva a otra forma de desprecio: la *estigmatización* o *discriminación*. Se los presenta como culpables de la situación en la que viven: son violentos, son vagos, son delincuentes, etc. La desigualdad social –tan flagrante en América Latina– queda así justificada y se consolida “un sistema social y económico que es injusto en su raíz” (EG 59). Como dice Francisco: “se acusa de la violencia a los pobres y a los pueblos pobres pero, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión” (ib.)

Es cierto que ese mundo al que se oculta y se reprime, a veces emerge de una forma que resulta incómoda para quienes vivimos en la parte incluida de la sociedad. Los chicos que limpian vidrios en los semáforos, los que venden en el subte, o –peor aún– los que arrebatan una cartera y salen

¹ Publicado en: E. C. BIANCHI, “¿Cómo encarnar desde Caritas el desafío de *Evangelii gaudium*?”, *Vida Pastoral* 341 (2015)

² Francisco al Secretariado de Caritas Internacional, 16/5/2013.

corriendo. Hay que tener en cuenta que esto es sólo la *punta de un iceberg*, la emergencia de algo que es mucho más grande, complejo y profundo. El mundo de los pobres no es sólo el muchacho que en el subte ostenta su HIV para manipular nuestra culpa. No podemos pensar que conocemos a los pobres por el trato que hayamos tenido con ellos en estas circunstancias. El pobre está permanentemente en la frontera entre la vida y la muerte. No hay que sorprenderse de que para sobrevivir algunos aprovechen cualquier resquicio del sistema, usando la manipulación, la violencia u otro tipo de cosas que no son coherentes con los valores de la mayoría del pueblo humilde. No podemos juzgarlos a todos por unos pocos que intentan sobrevivir como pueden.

En definitiva, la invisibilización, la estigmatización y la discriminación de los pobres son algunos de los mecanismos que tiene este sistema injusto para consolidarse y perdurar en el tiempo. Hay que ser realistas y reconocer que todos recibimos la influencia de esos procesos culturales. Se nos mete sutilmente la idea de que si los pobres están como están es culpa de ellos. Esto lleva a que en nuestras sociedades los pobres sean ocultados, despreciados, temidos o –en el mejor de los casos– objetos de beneficencia o de una “caridad a la carta” que tranquilice nuestra conciencia (cf. EG 180).

Los pobres para Cristo

En los cristianos, esa corriente cultural de desprecio a los pobres que actúa en nuestro espíritu choca con el mensaje de Cristo. Él enseña que los pobres están en el centro del corazón de Dios. El Papa en *Evangelii Gaudium* insiste mucho en la centralidad de los pobres en el plan de salvación. Y como testimonio de esta preferencia divina señala que el mismo Cristo para realizar la obra de la redención no sólo se hizo hombre sino que *se hizo hombre pobre*. Para hacer presente el amor salvífico de Dios eligió el camino de la pobreza:

“El corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre» (2 Co 8,9). Todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres. Esta salvación vino a nosotros a través del «sí» de una humilde muchacha de un pequeño pueblo perdido en la periferia de un gran imperio. El Salvador nació en un pesebre, entre animales, como lo hacían los hijos de los más pobres; fue presentado en el Templo junto con dos pichones, la ofrenda de quienes no podían permitirse pagar un cordero (cf. Lc 2,24; Lv 5,7); creció en un hogar de sencillos trabajadores y trabajó con sus manos para ganarse el pan. Cuando comenzó a anunciar el Reino, lo seguían multitudes de desposeídos, y así manifestó lo que Él mismo dijo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18). A los que estaban cargados de dolor, agobiados de pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón: «¡Felices vosotros, los pobres, porque el Reino de Dios os pertenece!» (Lc 6,20); con ellos se identificó: «Tuve hambre y me disteis de comer», y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo (cf. Mt 25,35s)”. (EG 197)

Este aspecto del misterio divino de salvación tiene consecuencias directas en nuestra vida de fe: *si los pobres son los preferidos de Cristo tienen que ser los preferidos de los cristianos*. La Iglesia, como Jesús, fue enviada a “evangelizar a los pobres” (Lc 4, 18). Para comprender esto hay que entrar en el misterio. Debemos desprendernos de una valoración meramente humana. Es necesario revisar muchos juicios que hemos internalizado desde la prudencia humana o desde lo que se proclaman como valores en las sociedades modernas. El lugar de los pobres en el plan de salvación es un misterio de fe.

Los pobres nos evangelizan

Dios actúa especialmente en ellos, los asiste con su gracia para configurar un modo de vida cristiana que les haga posible llevar adelante las penurias propias de la pobreza. Esto les da a sus vidas cruciformes una fuerza salvífica de la que tenemos mucho que aprender. Por eso dice *Evangelii Gaudium* que los pobres nos evangelizan:

“Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”. (EG 198)

A los pobres Dios los dotó de un talento especial para encarnar el Evangelio en sus vidas. Esto se ve no sólo en la capacidad para soportar el sufrimiento, también se nota en sus alegrías y en su facilidad para hacer fiesta. El Papa Francisco, se declara testigo de esto cuando dice: “puedo decir que los gozos más bellos y espontáneos que he visto en mis años de vida son los de personas muy pobres que tienen poco a qué aferrarse” (EG 7).

Al pobre, primero amarlo

Por todo esto, para la Iglesia el trabajo con los pobres no puede ser sólo un “sector pastoral”. El amor a los pobres está en el corazón de la acción de la Iglesia en el mundo. En Cristo, el amor primero lo llevó a encarnarse y luego, subsidiariamente, a atender las necesidades de los pobres. Si la Iglesia ama con preferencia a los pobres, como hizo Cristo, primero debe amarlos, y luego atender a las necesidades materiales de los pobres. Pero primero amarlos.

Por eso, Caritas es –de alguna manera- la expresión institucional de una parte esencial de la misión de la Iglesia. Su acción no es ante todo una “acción social”, sino el ejercicio de un amor real y eficaz a los más necesitados. Toda actividad con los pobres tiene que brotar del amor a ellos. Si así no fuera, Caritas se convertiría en el departamento de acción social de una gran ONG que sería la Iglesia.

Para entender mejor esto, puede ser útil distinguir entre benevolencia, beneficencia, y amor. Tener *benevolencia* es querer el bien del otro. Es lo mínimo que puede esperarse de cualquier persona de buena voluntad. Esto puede llevar a la *beneficencia*, que es hacer el bien al prójimo. Lamentablemente, en el imaginario popular generalmente se confunde beneficencia con caridad cristiana. Muchas veces nos creemos que tenemos caridad con los pobres cuando se trata de simple beneficencia. Lo que Jesús nos pide a los cristianos es muchos más que la sola beneficencia o la benevolencia. Nos pide *amor* a los pobres. Un amor eficaz, que sea notado por ellos. El amor incluye siempre una unión en el afecto, el estar unido a la otra persona de manera que se sienta al otro como una extensión de uno mismo. Santo Tomás enseña que el amor “conlleva una *unión afectiva* entre quien ama y la persona amada, de modo que el primero considera a éste como *unido a él*” (ST II-II q27, a2). Atahualpa Yupanqui hizo famosa una definición de la amistad que escuchó de boca de un paisano y que es profundamente cristiana: “un amigo es uno mismo con otro cuero”.

El amor es distinto que las obras. Del amor, si es verdadero, brotan obras coherentes con él. Pero no siempre las obras surgen del amor. Por eso, en nuestra pastoral con los pobres lo más importante no es la obra que hacemos sino la relación que establecemos con ellos. *Nuestra tarea no es organizar un sistema de beneficencia impersonal sino engendrar una corriente sincera de afecto y desde ahí comprometernos con las necesidades de sus vidas.*

Esto mismo está claramente formulado en varios pasajes de *Evangelii Gaudium*. Por ejemplo:

“Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro «considerándolo como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe” (EG 199).

Amar a los pobres es valorarlos como son. Con sus virtudes y sus defectos. Con su estilo de vida propio, que fueron forjando en la lucha cotidiana por sobrevivir. Amarlos es hacer el esfuerzo por despojarnos de nuestros criterios de personas formadas en la cultura del bienestar. Suspender el juicio sobre actitudes que son contrarias a nuestra idea de virtud y reconocer que en la cultura del pueblo pobre puede haber una sabiduría que todavía no hemos descubierto.

El amarlos, el compartir sus esperanzas y sus dolores, nos hace conocerlos mejor. El amor le da un *plus* al conocimiento que podamos tener de ellos. Lo explica *Evangelii Gaudium* cuando, refiriéndose al modo de expresar el cristianismo de los pobres, afirma que “para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Sólo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teológica presente en la piedad de los pueblos cristianos” (EG 125).

“El amor de Cristo nos apremia”, dice San Pablo (2Co 5,14). Quien vislumbra algo de la magnitud del amor de Cristo por nosotros no puede quedarse tranquilamente sentado. Ese amor nos empuja a salir, hace que resuene en nuestras entrañas el grito de San Pablo: “Ay de mí si no evangelizara” (1Co 9,16).

El Papa se hace eco de ese llamado y nos envía insistentemente a las periferias. Ir a buscar a los pobres, no esperarlos detrás el mostrador. Los que llegan a nosotros son sólo la punta del *iceberg*. Además, la experiencia indica que en muchos casos los que se acercan a pedir no son los que más necesitan, sino un pequeño grupo que aprendió a manejarse con los mecanismos de reparto que les proponemos. Amar a los pobres es salir a buscarlos, conocer sus casas, sus familias, tener un contacto de primera mano con sus necesidades.

La relación con ellos debe ser ante todo de amigos. Se tiene que notar que los queremos por ellos mismos. Eso es imposible si los “atendemos” con una frialdad de funcionarios y no nos involucramos con sus vidas. La relación se deforma tristemente cuando los pobres sienten que trabajamos para una institución rica obligada a repartir y que ellos son el “objeto” necesario para que hagamos nuestro trabajo. Desde ambas partes se puede “cosificar” el trato. Para evitarlo no hay mejor antídoto que llevar el vínculo a su motivación esencial: *trabajamos en Caritas porque queremos hacer concreto nuestro amor a los pobres*.

El amor en salida nos hace capaces de escuchar sus clamores (cf. EG 187-192). Compartir sus vidas hace estremecer nuestras entrañas con sus dolores y nos lleva a socorrerlos. Escuchar su clamor es “prestarles nuestra voz en sus causas” (EG 198). Ellos tienen que notar que estamos de su lado. En una sociedad cimentada en una injusticia estructural, donde algunos tienen mucho y otros no tienen lo básico para vivir cada día, no es raro que los más postergados vean a la Iglesia del lado de los que sostienen el orden social establecido. Aunque la Iglesia denuncie situaciones de injusticia o exprese su preocupación por la pobreza o la desocupación, eso no alcanza para que los sectores postergados la sientan “de su lado”. Necesitamos acercarnos a ellos de modo que perciban que los queremos por ellos mismos y que nuestra ayuda no va a ser desde lo que nos parece a nosotros que necesitan, sino desde lo que *ellos* consideran que necesitan. Nuestro amor los reconoce como *verdaderos protagonistas del cambio social*, no como actores de reparto. Ese amor nos compromete con sus luchas, sus esperanzas, sus clamores, y nos impulsa a una solidaridad vivida “como la decisión de devolverle al pobre lo que le corresponde” (EG 189).

Conclusión

A modo de conclusión digamos que *Evangelii Gaudium* nos llama a renovarlo todo para ponerlo en tensión hacia la salida misionera. Misión que tiene en los más pobres a sus primeros destinatarios. El Papa nos llama a “tocar la carne sufriente de Cristo” en ellos (EG 24) y a “ponerlos en el centro del camino de la Iglesia” (EG 198). Dejarse llevar por la cultura dominante que nos impulsa a ignorarlos y despreciarlos, nos situaría “fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto” (EG 187).

La piedra angular de esta renovación está en el amor que les tengamos a los pobres. Amarlos por sí mismos y *preferencialmente*, como son. Así los ama Cristo. Él mismo se identificó con ellos y enseñó que la misericordia es la llave del cielo: “Tuve hambre y me diste de comer...” (Mt 25, 35s) (cf. EG 197). Es necesaria una mística que haga que nuestro trabajo no sea “acción social” sino obras de misericordia.

Nos puede servir el ejercicio de parafrasear a San Pablo en su himno al amor:

Aunque llevara adelante infinidad de proyectos de desarrollo, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque hiciera intensas jornadas de oración y los mejores cursos de capacitación, si no tengo amor, no soy nada. Aunque gozara de la mejor reputación entre las instituciones del país, si no tengo amor, no me sirve para nada.

Quique Bianchi
21.04.2015